

PALEOGRAFÍA E HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA: DEL SIGNO A LO ESCRITO

C. Sáez
A. Castillo

Para hacer historia de la escritura es preciso, con anterioridad, recuperar toda la multiplicidad de sus significados.

[Bartoli, 1978: 281]

Definir un vocablo, cualquiera que éste sea, implica comprenderlo en su estricto significado etimológico, pero también en virtud del desarrollo que ha tenido a lo largo de su historia. Si etimológicamente el término *Paleografía* –voz derivada de las griegas *παλαιος* y *γραφη*– se puede considerar como el estudio de las escrituras antiguas, su quehacer sitúa a esta ciencia, según la definición más reciente de Armando Petrucci, como la disciplina que estudia la historia de la escritura (y en particular de la escritura a mano) en sus diferentes fases, las técnicas empleadas para escribir en las diversas épocas, el proceso de producción de los testimonios escritos y, en fin, los productos mismos de tal proceso, particularmente en su aspecto gráfico, ya se trate de libros, inscripciones, documentos o escritos de naturaleza individual y privada (cuentas, apuntes, cartas, etc.) [Petrucci, 1992: 17].

Naturalmente, esto significa que existen (o pueden existir) tantas paleografías como escrituras, por lo que conviene precisar que la que aquí nos interesa es la latina. Ésta arranca del momento mismo en que aparece dicho alfabeto, hacia el siglo VII antes de nuestra era, y se extiende hasta el presente, por más que durante mucho tiempo estuviera restringida a las escrituras empleadas durante la Edad Media, según puede verse al recorrer algunas páginas de su historia conceptual.

Al final del capítulo se incluye un cuadro explicativo sobre la Paleografía.

1.1. Los orígenes

Como saber científico, con categoría de disciplina cultural y técnica, la Paleografía nace a finales del siglo XVII de la mano de la Diplomática en el campo de los conocimientos eruditos. Aunque fue el monje benedictino maurino Bernard de Montfaucon quien empleó el término por vez primera en su obra *Paleographia graeca sive de ortu et processu litterarum graecarum* (París, 1708), se considera que el primer tratado de la materia o la primera exposición doctrinal con un planteamiento científico se encuentra ya en la obra *De re diplomatica libri sex* (París, 1681) de Jean Mabillon, asimismo benedictino maurino, quien la empleó como uno de sus argumentos para resolver la polémica, en cuyos detalles no entraremos aquí, que le enfrentó al jesuita Daniel von Papenbroeck sobre la autenticidad de unos documentos merovingios conservados en la abadía parisina de Saint Denis [*Paleografía*, 1984: I, 46-47]. Ello le exigió el desarrollo de una metodología esencialmente pericial orientada a las lectura, transcripción, datación, identificación y clasificación de las escrituras.

Con pocas excepciones, desde su fundación hasta finales del siglo XVIII, la labor de la mayor parte de los paleógrafos y eruditos de las escrituras antiguas (por entonces la Paleografía estaba centrada de modo casi exclusivo en los testimonios escritos –librarios y documentales– anteriores a la imprenta) estuvo muy apegada a esa línea de trabajo. Mantuvo su vinculación auxiliar con la Diplomática y se caracterizó por un exacerbado interés por las nomenclaturas y clasificaciones de las escrituras (“linneísmo”), llegando a proponer taxonomías tan precisas que, lejos de explicar la complejidad del hecho escrito como fenómeno sociocultural, propiciaron en la singularidad de cada acto de escritura.

En España, el nacimiento de la Paleografía, como ha demostrado Gimeno Blay al estudiar los manuales inéditos y publicados desde 1738 a 1932, estuvo determinado por la Ilustración y la incorporación de los bienes señoriales al realengo, proceso que avivó el estudio de los documentos antiguos y su transcripción fidedigna como fruto de una necesidad social, la de certificar y garantizar la propiedad de las tierras en litigio [Gimeno, 1984: 24]:

Es obvio que el estudio de estas dos disciplinas instrumentales [Paleografía y Diplomática] no surgió porque sí. Debíó plantearse la sociedad coetánea alguna necesidad para recoger el saber empírico, acumulado a través de los tiempos, y que ésta tuviera una utilidad determinada. Una coyuntura favorable, como lo fue el siglo XVIII, condicionó de tal modo a la sociedad que obligó indirectamente a unos determinados individuos a recopilar todos los conocimientos adquiridos y a darles un cuerpo disciplinar. Han sido casi siempre los pleitos y situaciones particulares donde debían demostrar y testificar sus derechos los que han hecho avanzar más el conocimiento paleográfico.

La doctrina de Mabillon fue seguida de forma prácticamente unánime por los eruditos contemporáneos. Sólo algunos se desmarcaron tímidamente de esa línea y empezaron a trazar el camino de un modo de hacer más próximo a la interpretación de los testimonios escritos y las prácticas del escribir como productos resul-

tantes de una actividad humana inscrita y condicionada por los usos que le da cada sociedad. Entre ellos se encuentra Scipione Maffei, autor de *Istoria diplomatica che serve d'introduzione all'arte critica* (Mantua, 1727), donde apunta ideas diferentes y deja ver un concepto de la Paleografía como historia de la escritura contrapuesto al de los maurinos, para los que tal término equivalía a “clasificación de escrituras varias”.

No obstante, sería el fetichismo documental del “siglo de la Historia”, el XIX, el elemento que propiciaría el desarrollo científico-académico de la Paleografía y, dentro de ésta, la posibilidad de abundar en la óptica sociocultural, aunque todavía siguieran pesando los hábitos erudito-positivistas de tan larga tradición en el quehacer de paleógrafos e historiadores. Dicho período se caracterizó por la creación de institutos de investigación histórica vinculados a las “Escuelas Nacionales” nacidas al calor del romanticismo, por la aparición de grandes colecciones documentales y de publicaciones periódicas, por la aplicación de la fotografía a la reproducción de facsímiles y por el descubrimiento de nuevas fuentes paleográficas, en especial los papiros. El primero de dichos institutos fue la École des Chartes, fundada en 1821 para formar a los archiveros y bibliotecarios encargados de manejar los fondos desamortizados durante la Revolución Francesa a la nobleza y las órdenes religiosas. A la par nacieron importantes escuelas nacionales, alguna de las cuales trascendió los umbrales del siglo XIX e influyó de forma decisiva en la doctrina paleográfica de la primera mitad del XX [cfr. Petrucci y Pratesi, 1988]; por supuesto, con extensión a las escrituras y a lo escrito de todos los tiempos, sin tener en cuenta el soporte ni el sistema de fijación.

En España, la creación de la Escuela Superior de Diplomática en 1856 (aunque programada por la Academia de la Historia desde 1852) no tuvo correspondencia entre los paleógrafos contemporáneos, si se exceptúa a Jesús Muñoz y Rivero, cuya obra destacó sobre toda la producción del siglo XIX y de principios del XX. Zacarías García Villada es el siguiente erudito digno de recuerdo. Su manual supuso un indiscutible progreso, al adoptar por primera vez en España reproducciones facsimilares realizadas mediante fotografía y al incorporar el estudio de las escrituras romanas.

1.2. El nacimiento de la Paleografía científica

En el tránsito al nuevo siglo, el hito paleográfico seguramente más sobresaliente quepa atribuirlo al oficio del filólogo alemán Ludwig Traube (1861-1907), cuya obra sobre la producción manuscrita del monasterio irlandés de Péronne, en Francia, abrió nuevas metas a la Paleografía, al ponerla en relación con la historia de la cultura [Battelli, 1986: 17]. No obstante, Giorgio Cencetti ha señalado que el enfoque principalmente filológico de esa obra le lleva a presentar una visión algo parcial de la escritura [1956: 12]. Al italiano Luigi Schiaparelli, discípulo de Cesare Paoli y Ludwig Traube, debemos la formulación de algunos conceptos y principios teóricos que están en la base de la investigación paleográfica más moderna,

especialmente los que señalan la importancia de las tendencias gráficas en la evolución de la escritura, la teoría sobre el desarrollo espontáneo e intrínseco de las formas gráficas o la idea de la escritura como un hecho global [Petrucci, 1988: 30].

En definitiva, las primeras décadas de nuestro siglo señalan un incuestionable avance de muchos y variados aspectos de la materia paleográfica. Sin embargo, todavía quedaba bastante camino por andar y numerosos problemas por resolver antes de que la Paleografía llegara a convertirse en una verdadera ciencia autónoma. En las siguientes décadas, a partir de los años cuarenta, nuevas corrientes historiográficas tratarán el fenómeno de la escritura desde puntos de vista inéditos y se producirá una importante evolución de la disciplina. Algunos de los autores citados contribuyeron a desarrollar estos cambios, pero la primera gran renovación paleográfica de nuestro siglo fue protagonizada por la escuela hoy llamada franco-belga. Jean Mallon, principal exponente de la misma, otorgó a la Paleografía la condición de ciencia autónoma y amplió su campo de acción al definirla como *ciencia de los objetos escritos considerados en todo el conjunto de sus caracteres con independencia del material escrito empleado en aquéllos* [Mallon, 1986]. Si acaso, la principal objeción que se puede expresar a las tesis de Mallon, Marichal y Perrat, los representantes de la susodicha escuela, sea, según Pratesi, la de haber promovido «una reconstrucción cerrada en sí misma, independiente y ajena a las influencias generales que Schiaparelli había indicado como las causas primeras del devenir histórico de la escritura» [Pratesi, 1988: XVI].

La Paleografía, según se había practicado hasta entonces, básicamente era consideraba un medio de lectura de escrituras difíciles e inusuales (paleografía de lectura) y un instrumento de peritación y análisis para la crítica histórica y textual (paleografía de análisis). El primer nivel, el que había primado entre los estudiosos durante largo tiempo, tenía, pues, un carácter eminentemente práctico, y su objetivo estaba puesto en la lectura correcta de los textos. El segundo tenía como cometido determinar las características de las distintas escrituras para establecer su identificación y su clasificación, así como su adscripción cronológica y geográfica, y la naturaleza del texto. Su trayectoria había respondido con suma precisión al *qué*, el *cuándo*, el *dónde* y el *cómo* de las escrituras, lo que permitió desarrollar una vasta serie de conocimientos capaces de proporcionar una lectura crítica de los documentos, datarlos y localizarlos y conocer las técnicas y los procedimientos de ejecución gráfica. Sin embargo, había omitido el papel de la escritura en las distintas sociedades y la desigual distribución social de las competencias gráficas.

Aunque ya algunos autores de finales del siglo XIX y principios del XX intuyeron la relación existente entre la escritura y la sociedad, quien puso de manifiesto de manera más clara este vínculo fue el italiano Giorgio Cencetti. Éste matizó los planteamientos de Mallon y elaboró una teoría de la Paleografía como disciplina autónoma, y no un mero auxilio de la Filología o de la Historia, cuyo cometido habría de ser el proceso gráfico en su integridad; es decir, el estudio histórico de la escritura en cuanto expresión cultural, cuyo ritmo y método se encuentra en la disciplina misma y no puede derivar de otras [Cencetti, 1948: 5; 1995: 27]. Más adelante, Cencetti abundó en sus ideas y propuso que el objeto y fin de la Paleografía

era «no sólo interpretar exactamente los antiguos manuscritos, sino también datarlos, localizarlos y, en general, sacar de su aspecto exterior todos los elementos útiles al estudio de su contenido y, en un plano más amplio, a la historia de la cultura en general» [1978: 7]. En consecuencia, según este autor, el campo de la indagación paleográfica comprendería «el de las materias escriptorias y los instrumentos utilizados para escribir en las distintas épocas y lugares; el de la preparación del códice para recibir la escritura y el de las formas externas de éste; la historia de la escritura alfabética (Paleografía en sentido estricto); el de los signos accesorios de la escritura alfabética (puntuación, numerales, signos ortográficos y críticos, etc.); el de las escrituras taquigráficas y braquigráficas y de las criptografías de la antigüedad y del medioevo» [Cencetti, 1978: 7-8].

Como se ve, una teoría, al igual que la del propio Mallon, Luigi Schiaparelli o Giulio Battelli, que definía con mayor amplitud el campo y los objetivos de la disciplina; pero cuya reconstrucción todavía no podía equiparse, en estricto sentido, con una historia social de la escritura, entendida ésta como historia de la producción, difusión y recepción o apropiación de lo escrito, como historia de los poderes y funciones de la escritura, en fin, como historia de las prácticas sociales del escribir y del leer.

1.3. La historia de la cultura escrita

Esa perspectiva, en la que cobra mayor sentido el diálogo –por supuesto abierto también a otras ciencias– entre la Historia y la Paleografía, fue definitivamente franqueada por influencia de la metodología marxista practicada por el lingüista francés Marcel Cohen, el paleógrafo húngaro István Hajnal y el historiador polaco Alexander Gieysztor [Cfr. Petrucci, 1989b: 48-50]. En sus elaboraciones asoma una nueva consideración de la escritura, que, por ejemplo, Cohen sintetiza en la máxima que rige su obra más importante y célebre, *La grande invention de l'écriture*: «El uso de la escritura está en función de su utilidad en una sociedad dada» [1958: I, 7]. Por su parte, el húngaro Hajnal lo expresó del modo siguiente [1959: 9]:

La escritura no es un factor aislado y único de progreso; desde su aparición puede tener un desarrollo diferente en las diversas civilizaciones. Y por lo tanto no podemos considerarla simplemente como un medio pasivo, accesorio, del que disponen las fuerzas del progreso cuando llega el momento de su utilización. La escritura, al igual que las otras formas de civilización, es un medio nacido del conjunto de la sociedad: su porvenir depende del carácter sistemático de su penetración en la sociedad.

La nueva dimensión dada al estudio de la escritura fue decisiva en el alumbramiento de una forma distinta de entender la Paleografía, en la articulación de una propuesta teórica y metodológica definida por la superación del método tradicional y los condicionamientos positivistas de éste, no sin antes afrontar las dudas y objeciones planteadas por algunos paleógrafos de corte clásico. Así, Alessandro Pratesi expresó sus prevenciones desde el ámbito de la Diplomática [Pratesi, 1973:

452; 1992: 92] y, reconociendo lo estimulante de las teorías de Hajnal y Gieysztor, dijo que en las mismas se pone hasta tal punto el acento sobre el aspecto social de la escritura que se descuida la verificación sistemática de las posiciones asumidas respecto a los datos reales ofrecidos por los documentos paleográficos, aparte de la contradicción implícita en el terreno conceptual con el historicismo determinista de los franceses y el neoidealismo de Cencetti [Pratesi, 1988: 17]. Todo lo contrario de la postura sostenida por Armando Petrucci, quien aprecia en las investigaciones de Hajnal verdaderas y propias anticipaciones en el desarrollo de una historia de la escritura que privilegie el aspecto de las relaciones entre este instrumento comunicativo y la sociedad que lo emplea [Petrucci, 1979: I, 4].

Esta renovación se vio alentada y favorecida por los avances experimentados por la ciencia histórica a lo largo del presente siglo y, especialmente, por los nuevos problemas que se formularon en una década tan agitada como la de los años sesenta. Debe recordarse que fue entonces cuando cuajó la segunda generación de *Annales*—creadora de nuevos temas de investigación (mentalidades, vida privada, mujer, libro y lectura)— y tuvo su desarrollo la “Escuela británica marxista”. En ese contexto, la Paleografía, o ciertos paleógrafos, también exploró otras posibilidades e insistió de forma más nítida en las relaciones establecidas históricamente entre la escritura y la sociedad. Coincidiendo con esas transformaciones epistemológicas de la historia y la emergencia de los estudios sobre alfabetismo y cultura escrita (*literacy*), la escritura comienza a ser pensada y estudiada como algo más que un sistema ordenado de signos gráficos. Se convierte así en una fuente histórica por sí y en sí misma, de modo que estudiando su función, uso y difusión en cada momento histórico, fuera posible alcanzar un conocimiento más integral del pasado [Castillo Gómez, 1994: 136-141, 149-160; Sáez y Castillo, 1995: 189-196; Castillo, 1995: 265-269].

Como entonces dijo Petrucci, ya no bastaba con responder al *qué*, el *cómo*, el *cuándo* y el *dónde* de la escritura, puesto que en este campo prácticamente se habían alcanzado los mejores resultados, sino que era preciso ir más allá de esas preguntas e interrogarse por todo lo concerniente a la función de la escritura y lo escrito—*¿por qué se escribe?*— y a la identidad de los escribientes—*¿quién escribe?*—. En definitiva, la tendencia que nacía en ese momento significaba una «revolución» del tradicional método paleográfico de corte erudito-positivista. No sólo porque se empezaba a explicar la escritura contextualizada en su momento histórico, sino, sobre todo, porque en vez de partir del estudio de las formas gráficas para luego ponerlas en correspondencia con otras manifestaciones culturales, lo hacía de la función que una determinada sociedad, compuesta necesariamente de alfabetizados y analfabetos, atribuye a las prácticas escritas, y del conocimiento del número y la calidad de los escribientes, como pasos previos para analizar el contenido de sus relaciones con las formas gráficas producidas en dicha sociedad [Petrucci, 1969: 157-158; 1992: 20].

El reto de la nueva Paleografía se puso en desentrañar la función y la difusión social de las prácticas escritas, y para ello hubo de «crear» nuevas fuentes de investigación. Dicho de otro modo, rescatar del olvido materiales marginados por la his-

toriografía positivista y a los que no se les había reconocido el *status* de fuentes históricas, como consecuencia de la tradicional mitificación de las materias escritorias más solemnes, vinculadas a las clases dirigentes de la sociedad, a fin de cuentas casi los mismos que se venían dedicando a estos menesteres. Crece entonces el interés por las escrituras usuales [Cencetti, 1948; 1995: 25-45] y los testimonios escritos —más difíciles de encontrar por su mismo carácter percedero— de las clases subalternas, marginadas y los grupos urbanos. Prueba de ello es el estudio de Armando Petrucci sobre los grafitos de Condatomagos, testimonio de la escritura usual romana en el siglo I [Petrucci, 1962].

La contribución paleográfica al estudio cualitativo de los testimonios escritos, en una perspectiva al inicio concomitante con las investigaciones sobre alfabetismo y cultura escrita, aunque rompe con el método tradicional, no se puede considerar una adulteración de los principios científicos de la disciplina. La aproximación a la historia social que implican los planteamientos de Petrucci, de evidente ascendencia marxista, criticada por E. Cau y de forma más matizada por Pratesi, no envilece la solidez científica de la Paleografía ni pervierte su trayectoria. Por el contrario, según ha señalado Paola Supino Martini [1988: 71-72, n. 141-142], todas sus propuestas miran al corazón mismo de la historia de la escritura latina, al proceso de su evolución gráfica; el *quién* y el *porqué* parten del análisis del *cómo*. Dicho de otro modo, coincidimos con Gimeno Blay [1984: 53] en afirmar que dichas competencias son también propias del quehacer paleográfico:

Nosotros pensamos que sí es competencia de esta ciencia, la Paleografía, el resolver todos los problemas resultantes de la existencia y la utilización de la escritura en una sociedad, porque desde su mismo nacimiento han sido su objeto de estudio las formas gráficas; por lo tanto, no creemos que deba pasar su competencia a otras parcelas históricas, porque la Paleografía, como disciplina técnica, ha desarrollado ya un determinado nivel de análisis y en consecuencia un aparato conceptual y categórico apto para la comprensión de la evolución de las formas gráficas.

La Paleografía deja de ser el estudio descontextualizado de los tipos de escritura y pasa a definirse en virtud de la consideración del hecho escrito como *un producto sociocultural cuyo estudio e interpretación provee de un conocimiento más rico del pasado y el presente*. Esto lleva a interesarse por cualquier manifestación escrita —documentos, libros, inscripciones, filacterias, grafitos, etc—, al margen de la época histórica o del soporte material. La validez de su método, al principio, se hace especialmente apreciable en las investigaciones sobre historia del alfabetismo y de la alfabetización que se desarrollan en la etapa pre-estadística, antes de que empezaran a generalizarse los censos nacionales. Las limitaciones que plantea la cuantificación —demasiado centrada en la contabilidad de las firmas a partir de series documentales que, a menudo, adolecen de falta de representatividad social [Viñao, 1984: 161-179]— constituyeron terreno abonado para las nuevas interrogaciones paleográficas. Su aportación hacía hincapié en el aspecto cualitativo, que es el más fino instrumento que dicha disciplina puede aportar al análisis de los procesos de alfabetización y al significado de las prácticas escritas, frente al alfabe-

tismo estadístico o burocrático, aquel que reduce la historia al blanco y negro, a la oposición entre quienes sabían firmar y los incapaces de hacerlo [Bartoli, 1988-1989 y 1989; Petrucci, 1989a].

Se trataba de estudiar los testimonios escritos en su entorno social, tomando como material de trabajo no las firmas, sino las escrituras personales autógrafas, en cuanto éstas permiten un análisis de la cultura y educación gráfica de los escribientes a partir de las pruebas materiales de la mayor o menor competencia gráfica. En vez de una gélida cuantificación de firmantes o una visión institucional de la alfabetización, el estudio de esos testimonios escritos permitió investigar realmente cómo se escribía y relacionar los niveles de dominio de la escritura con la condición socio-profesional de las personas. Lejos de cualquier pretensión de universalidad, el objetivo era profundizar en las situaciones reales de la alfabetización o la semialfabetización, descubrir en las huellas materiales el verdadero significado de una historia escondida tras una maraña de porcentajes.

Al asumir esas carencias del alfabetismo estadístico, la Paleografía en su camino hacia la historia de la alfabetización empezó a desarrollar una prospectiva de análisis más volcada en la aproximación cualitativa al objeto de estudio. En esa dirección se han planteado nuevos temas de investigación, a través de los cuales se trata de conocer las funciones atribuidas política y socialmente a los productos escritos: el prestigio social de los escribientes; el poder del escrito, ya sea el que pertenece a los que poseen la capacidad de escribir y la ejercen o el que ostentan sobre la escritura los aparatos políticos; los contextos de aprendizaje —desde la familia a la escuela— y los contenidos de la enseñanza de la escritura; la significación social de los maestros de escritura; los procesos de intermediación gráfica y la relación con las actividades de escritura por parte de los analfabetos; el *status* social de los alfabetizados; la necesidad social de aprender a escribir; o las prácticas concretas del escrito, tanto en sus usos activos (escritura) como pasivos (lectura) [Castillo y Sáez, 1994; Castillo, 1995].

Unas y otras ópticas de análisis coinciden en la consideración de la cultura escrita como un todo unitario, cuyo estudio debería afrontarse así y no parcelarse en función de los materiales sobre los que se han depositado históricamente los signos gráficos. Eso mismo obliga a que la Paleografía deba estar abierta constantemente a cuantas disciplinas se interesan y tienen algo que decir en los estudios sobre la interrelación sociedad-cultura escrita, sin que ello implique la marginación de cuantas reflexiones se produzcan en el sentido de valorar la presencia y la intervención de la comunicación oral e icónica.

La trayectoria historiográfica que hemos resumido en estas páginas nos sitúa ante una realidad científica sustancialmente distinta y prometedora. La Paleografía, hasta no hace mucho alejada y separada de las corrientes historiográficas más vivas, se introduce, de la mano de una metodología más abierta y receptiva, en el camino de la compleja pero fértil renovación de la Historia y las ciencias sociales. Trasciende su vieja connotación de ciencia de las escrituras antiguas sobre determinados materiales (tablillas de cera, papiro, pergamino y papel) [Battelli, 1986: 3] para convertirse en una verdadera historia de la escritura, historia social de la

escritura [Alfabetismo, 1978: 20, n. 21], historia social de los escribientes y lectores [Bartoli, 1980-1981: 77] o, más recientemente, lo que se ha formulado como historia social de las prácticas de producción y uso de la cultura escrita [Petrucci, 1993: 376]. Así fue definida en la presentación de la revista *Scrittura e Civiltà* (1978; n.º 1, p. 6), que, en su momento, se constituyó como el órgano de comunicación de una renovada e interdisciplinar –dentro de ciertos límites– historia de la escritura, contrapuesta a la orientación más analítica de *Scriptorium*.

Es decir, una forma distinta de entender la historia de la cultura escrita, que conlleva, como también ha manifestado Petrucci, el paso de una visión estática a otra dinámica, en la que ya no cabe una historia de la escritura (o Paleografía), sino una historia del escribir, o, mejor, de las maneras de escribir; y por lo mismo, tiene más sentido una historia de la producción y la difusión de los testimonios impresos que una historia de la imprenta (o del libro impreso); resultan más oportunas una historia de los modos y maneras del leer e, incluso, una historia de las prácticas literarias, que una historia de la literatura [Petrucci, 1993: 382].

En este punto, ya no se trata simplemente de analizar los testimonios escritos bajo un prisma cualitativo, como se hacía en los primeros momentos del giro paleográfico, sino que más bien comporta interpretarlos desde una perspectiva más amplia, explicar el sentido de sus distintas concreciones materiales y formales; pero igualmente comprender y razonar las condiciones históricas que han gobernado los procesos de producción, consumo y conservación de la cultura y la memoria escrita.

Por lo tanto, supone transgredir la tradicional dicotomía entre ciencias de la descripción y ciencias de la interpretación, lo mismo que McKenzie ha planteado respecto a la bibliografía [1986]; es decir, superar la distinción entre los objetos y las acciones y optar decididamente por una reconstrucción de las prácticas [Chartier, 1996]. En esas coordenadas es donde se acredita la utilidad y validez de los conocimientos eruditos en el ámbito de la historia cultural [Chartier, 1992: 52], donde la Paleografía, sin renunciar a su pasado, reorienta sus planteamientos metodológicos y se proyecta al futuro, hasta el punto de poder ser, quizás más que nunca, un campo abierto a las frescas y jóvenes fuerzas. Con estos términos calificaba Traube en 1907 sus impresiones sobre el porvenir de la Paleografía como historia de la escritura [cfr. Bartoloni, 1952]. Tal vez hoy quepa recuperarlas y ponerlas en el frontispicio de la etapa que vivimos.

1.4. Conclusión (por Ángel Riesco)

Dejando a un lado las discusiones y los puntos de vista, más teóricos que prácticos, sobre concepto, método y categoría disciplinar de la Paleografía y Diplomática, suscitados en los últimos cincuenta años del siglo XX entre escuelas y estudiosos dedicados a profundizar en temas relacionados con la escritura, la actividad escrituraria y los procesos de almacenamiento, información y comunicación y demás facetas: sociales, culturales, antropológicas, históricas..., aspectos difícilmente separables del objeto y las funciones y valoración del saber científico paleográfico, se

hace necesario proporcionar al alumnado una definición en la que se destaquen claramente concepto, método y técnicas de la Paleografía en cuando disciplina universitaria integrada en la mayoría de los planes de estudio de las Facultades y Escuelas Universitarias en las que se imparten enseñanzas relacionadas con las Ciencias y Técnicas Historiográficas, Archivística, Biblioteconomía, Documentación y Bienes Culturales. En la actualidad, por Paleografía se entiende: la disciplina científica de carácter teórico práctico, con campo, métodos y técnicas propias, que se ocupa del conocimiento, interpretación y valoración global de la escritura y de los testimonios escritos de todos los tiempos, en cuanto signo humano, testimonio y manifestación socio-cultural con funciones concretas y, a su vez, reflejo del lenguaje hablado, fuente histórico-cultural y medio adecuado que, desde la antigüedad, vienen utilizando el hombre y la sociedad para expresar, fijar y transmitir, a lo largo de los siglos mediante caracteres gráficos, su situación, cultura, deseos, conocimientos, historia, lenguas, gustos, aspiraciones, estado social, económico, ambiental... e, igualmente, sus actos sociales, jurídico-administrativos, políticos y de interrelación, etc., cuyo estudio y análisis antropológico, crítico y cultural permiten no sólo la lectura e interpretación correctas de los textos y mensajes: manuscritos, impresos audiovisuales o electrónicos, sino también su fijación crítica, su valoración y función social, cultural y administrativa..., en relación con sus autores (escribientes), con la sociedad cambiante y los distintos grupos o estamentos que la componen, ambiente, época, circunstancias, motivaciones, fines de utilización, etc., de modo que el conocimiento y la aplicación de los principios que informan dicha disciplina y saber contribuyan eficazmente a descubrir y localizar el origen, evolución, datación, identificación y atribución, tanto de la letra y contenido textual como de su autor o autores, de sociedad, mentalidades, niveles y situaciones: culturales, económico-sociales, ambientales y personales y, no menos, su valor filológico, lingüístico, histórico-social, político y jurídico-administrativo, siempre en íntima conexión con la tarea común investigadora del resto de las ciencias, principalmente de las historiográficas, filológicas, sociales, jurídico-administrativas, informáticas y archivísticas.

Sólo conjugando la Paleografía de lectura, fijación e interpretación de textos y piezas escritas (fuentes históricas, tanto librerías como documentales y testimoniales) con la Paleografía de análisis gráfico-estructural y de los elementos básicos, accesorios y modificativos de las letras, signos y símbolos gráficos y, finalmente, con el estudio de la historia, evolución, formas, tipologías, grado de difusión y utilización de la escritura, sin olvidar los aspectos y funciones socio-culturales, su significación, grado de alfabetización, usos activos y pasivos de la misma, etc., podrá llegar a descubrirse o, al menos, a vislumbrar la historia, valor social y verdadero significado de la escritura, actualmente considerada como superpista de la interrelación y red de redes de la información, en cuyo substrato conviven de forma armoniosa ideas, imágenes y palabras o sonidos y, bajo ellas, reflejos de situaciones, tendencias, actos, socio-culturales y jurídico-administrativos de la vida humana y, en definitiva, parte esencial de la Historia en sentido más amplio.

